

príncipe digno por sus luces y cualidades. Ya ve Ud. que no se trata de la persona que ejerce el Gobierno Nacional, sino de un gobierno que reciba su ser de Napoleón, y que nazca de la intervención, para que obre por los intereses de la Francia. Por esto creo que mi separación no sólo sería un paso inútil y ridículo á los ojos del enemigo, sino peligroso por el desconcierto y anarquía que de ello pudiera resultar, porque tampoco hay seguridad de que la Nación apruebe mi resolución de separarme, y una vez que algún Estado desconociese la legalidad del mando del Sr. Ortega, entre otras razones por haber escogido éste de dos destinos de elección popular, el gobierno de Zacatecas, el mismo Sr. Ortega se vería en la necesidad de reducir á los disidentes por medio de la fuerza, ó á perder el prestigio moral que da el unánime reconocimiento en favor de un poder legitimamente establecido; y de cualquiera manera, nosotros mismos habríamos dado un triunfo al enemigo, que alegraría nuestro desconcierto como un argumento poderoso en apoyo de su intervención.

«Estas consideraciones y otras, que no es dable concretar en los límites de una carta, avivan más y más en mí los sentimientos de patriotismo, de honor y del deber de continuar en este puesto, hasta que el voto nacional, por los conductos legítimos expresados, me retire su confianza, librándome de la obligación que hoy pesa sobre mí, ó hasta que la fuerza de la intervención, ó de los traidores sus aliados, me lance de él.

«Entretanto, yo seguiré haciendo todos los esfuerzos que estén en mi posibilidad para ayudar á la Patria en la defensa de su independencia, de sus instituciones y de su dignidad. Es verdad que la situación nos es desfavorable por ahora, y no me hago la ilusión de creer que estamos en tiempos bonancibles; pero yo sé que nuestro deber es luchar en defensa de la Patria; y entre la defensa de una madre y de una traición, no encuentro medio alguno honroso. Será esto un error mío; pero es un error fundado, que yo acaricio con gusto y que merece indulgencia. Yo suplico á Ud. que no reciba mal mi resolución á la insinuación que se sirve Ud. hacerme para que renuncie, sino que la considere como hija de la más pura intención. También suplico á Ud. siga prestando su cooperación con la misma constancia y abnegación que hasta aquí, hacien-

do la guerra de cuantas maneras sea posible al enemigo, en el concepto de que ella es nuestro único medio de salvación. De otra manera, el enemigo no tratará con nosotros, sino bajo condiciones deshonorosas que no debemos admitir, ó tratará con el gobierno establecido; pero ese no es el gobierno de la nación.

Soy de Ud. amigo Q. B. S. M.—*Benito Juárez.*»

Como se ve, Juárez tenía que luchar contra los franceses, contra los traidores, y aun contra algunos de los mismos republicanos. El general González Ortega fué en esa época un modelo acabado de insubordinación y un factor muy principal del desorden, lo que sólo puede explicarse por el trastorno que empezaba á sufrir su cerebro, y que acabó por convertirse en megalomanía y en delirio de persecución.

En Julio de 1863 se había presentado en San Luis Potosí para desempeñar su cargo de Presidente de la Suprema Corte, y pocos días después se ausentó, sin pedir licencia, y fué á tomar posesión del Gobierno del Estado de Zacatecas. Don Sebastián Lerdo de Tejada, en la circular que expidió como Ministro de Relaciones y de Gobernación, el 30 de Abril de 1866, desde Paso del Norte, dijo sobre este particular:

«Le manifestó (el Gobierno á González Ortega) los inconvenientes de que dejase de tener el carácter de Presidente de la Corte en una época en que las circunstancias de la guerra impedían hacer nueva elección popular para que con el título de ella hubiese quien pudiera substituir la falta de Presidente de la República. Le dijo entonces que, si á pesar de esto, insistía en desempeñar el Gobierno de Zacatecas, pidiera licencia para ese fin, y que el Gobierno estaba dispuesto á concedérsela en uso de las amplias facultades que le había delegado el Congreso, única autoridad que podía conceder licencia al Presidente de la Corte para que, conservando ese título, desempeñase por algún tiempo el Gobierno de un Estado. Desde Julio hasta Diciembre de 1863, que el Gobierno salió de San Luis, fué inútil que se dirigiera oficialmente al Sr. Ortega, y que le instase también varias veces en cartas privadas. No dejó el gobierno de Zacatecas, no quiso pedir la licencia que se le ofreció y no contestó en aquellos meses, ni ha contestado nunca, á lo que oficialmente se le dijo sobre el asunto.».....

Ténganse presente estos hechos para cuando llegue el momento en que, cumplido el término constitucional de Juárez, se presente González Ortega pretendiendo que se le entregue la Presidencia, en virtud de un título que él y sólo él, había anulado.

Y las insubordinaciones y las rebeliones locales eran frecuentes entre aquellas fuerzas colectivas, algunas de ellas al mando de jefes de carácter levantisco, como Servando Canales, Cortina, Tomás Borrego y tantos otros; y á todo eso atendía Juárez, á todo proveía, castigando á unos, enmendando á otros, atrayéndose á los demás allá. Pero ninguna de esas infidencias fué tan grave como la del general Don Santiago Vidaurri, el déspota gobernante de los Estados de Nuevo León y Coahuila, que campeó siempre por sus respetos, sin más ley que su propia voluntad. Como Vidaurri venía disponiendo de los recursos federales de esos Estados, como no obedecía las disposiciones del Gobierno, y como llegó á demostrar su independencia absoluta del centro, Juárez determinó ir en persona á Monterrey para ver de reducir al orden á Vidaurri, y se hizo acompañar por la División de Guanajuato, al mando del General Doblado, que acababa de llegar al Saltillo. Expidió una circular haciendo saber que el Gobierno se trasladaba á Monterrey, y salió para dicha ciudad el 10 de Febrero (1864.) Doblado se portó en esta ocasión como siempre, timorato é irresoluto. Se dejó quitar la artillería por artimañas de Vidaurri; retrocedió al encuentro de Juárez y le aconsejó que desistiese de su propósito; pero Juárez llegó á Monterrey y allí se convenció de las infames intenciones de Vidaurri.

Tres días pasó el Gobierno en Monterrey; tres días durante los cuales no se hizo otra cosa que solicitar una entrevista entre el Presidente y el Gobernador, la que no tuvo efecto entonces por haberse negado el último á concurrir á la cita en que había convenido. Envalentonado Vidaurri con la llegada de la Brigada Hinojosa, de la que había temido al principio que se declarase en su contra, tuvo la insolencia de hacer la formal intimación al Gobierno de que si el día 14 no salía la División de Guanajuato, la batiría al día siguiente.

En caso de haberse contado con los elementos suficientes

para reprimir por la fuerza tantas y tan repetidas faltas, se hubiera hecho así desde luego. Por desgracia la perfidia con que Vidaurri se había hecho dueño de la artillería de campaña de Guanajuato, confiada en depósito á su falsa lealtad, había dejado á la División fiel al Gobierno con sólo cañones de montaña. No pudiendo por lo mismo emprender una lucha desventajosa, se resolvió la retirada de dicha División á la que seguiría el Gobierno, volviéndose al Saltillo; pues de ninguna manera podía aceptar la oferta que se le hacía de que se quedara en Monterrey, protestándole que sería debidamente respetado.

Algunas horas después de salida la División de Guanajuato, casi en los momentos en que iba ya á tomar el coche el Presidente, se presentó en su habitación Vidaurri, libre ya del recelo que le había hecho no efectuarlo antes. La conferencia duró pocos minutos, sin que en ella quedara arreglado nada. El Gobernador se retiró; el Presidente salió de Monterrey, y poco después hubo allí salvas y repiques, cual si la ciudad se hubiese salvado de las asechanzas de un enemigo. Vidaurri mandaba celebrar con demostraciones de regocijo la salida de la Suprema Autoridad Nacional.

He copiado casi textualmente este episodio, de las «Revistas Históricas» del Sr. Iglesias, y no encuentro en ellas nada de lo que dice en sus *Lecciones de Historia Patria* Guillermo Prieto, también testigo ocular de los acontecimientos. He aquí la versión de Prieto:

«La defección de Vidaurri estuvo embozada en un principio, y el Sr. Doblado, que se había confiado en él ciegamente, daba toda clase de seguridad de su comportamiento.—En ese concepto partió el Sr. Juárez á Monterrey en unión de Lerdo, Iglesias, Suárez Navarro, Benigno Arriaga, el autor de estas Lecciones y otras personas del Gobierno. Juárez pidió las armas y exigió el reconocimiento del Gobierno. Vidaurri, con acompañamiento tumultuoso, fué al lugaren que el Sr. Juárez estaba.—La entrevista fué fría y llena de majestad por parte de Juárez. Un hijo de Vidaurri, sacando su pistola, rompió toda contestación y declaró el motín.—Lerdo había previsto el desenlace y tenía listo el coche; con suma precipitación subieron á él el mismo Lerdo, Juárez, Igle-

sias, Suárez Navarro, y en la calle, Prieto. Entonces se desencadenó el populacho y siguió al coche, haciendo disparos.—El coronel Buchoni (supongo que será *Guichioni*) con unos cuantos, y haciendo prodigios de valor, detuvo á la multitud enfurecida.—Al siguiente día, en el pueblo de Santa Catarina, se intentó el asalto: Don Manuel Goitia y Prieto trajeron un guayín en que se salvaron las personas del Gobierno defendidas por el coronel Yépez, Mirafuentes, Arriaga, Abraham Díaz y algunos otros que no recuerdo. »

Probablemente mi queridísimo amigo Guillermo Prieto hizo una confusión entre lo que pasó el 15 de Febrero y lo que aconteció el 15 de Agosto, que referiré adelante.

Llegó Juárez al Saltillo, donde sufrió un ataque de fiebre biliosa que lo puso al borde del sepulcro. Sin embargo, desde allí ordeno al general Cortina, Comandante Militar de Matamoros; al general Patoni, Gobernador de Durango; al general González Ortega, de Zacatecas; y al general Uraga que militaba en Jalisco, para que enviasen tropas con que someter á Vidaurri, pues consideraba el triunfo de éste más funesto para la causa nacional que el que obtuviesen los franceses en cualquier otro punto de la República.

Vidaurri recibió una comunicación de Bazaine, en la que le anunciaba que dentro de pocos días sería invadido el Estado de Nuevo León, y con este motivo envió el cacique una circular, el 2 de Marzo, á todas las poblaciones de dicho Estado y del de Coahuila, ordenando que los vecinos votasen la paz ó la guerra á los franceses, para que, en vista del voto de la mayoría, él se resolviese. El día 5 expidió Juárez un decreto en que declaró traidor á Vidaurri, y por el que se consideraba igualmente traidor á todo aquel que de alguna manera favoreciera ó sostuviera lo dispuesto en la circular ya mencionada; decreto que desmoralizó á los políticos y militares que apoyaban á Vidaurri.

Cuando éste supo que Juárez tenía reunido un ejército bastante numeroso, al mando de Doblado y de Patoni, quiso capitular con el Gobierno, pidiendo el olvido de sus fechorías y prometiendo retirarse á la vida privada. Juárez se negó á todo avenimiento y prosiguió su marcha hacia Monterrey, donde entró el 3 de Abril (1864). De las fuerzas de Vidaurri, unas

se unieron al Gobierno, otras desertaron y el caudillo traidor se fugó á Texas, acompañado de su cómplice Quiroga.

El Gobierno permaneció en Monterrey hasta el 15 de Agosto, en que fué atacada la ciudad por Quiroga.

El coronel de Infantería Don Francisco Mejía hizo la siguiente relación del final de aquel conflicto, la que consigna Don Angel Pola en el V volumen de su «Biblioteca de la Reforma,» en una nota á la Biografía de Juárez, con detalles que tampoco encuentro en la citada obra del Sr. Iglesias:

«Vidaurri y Quiroga, atemorizados por su mal proceder y el refuerzo de tropas que de Matamoros venía con el general Juan N. Cortina, en auxilio del Gobierno—para cuyo movimiento é incorporación fuimos comisionados Don Blas Balcárcel y yo, yendo al referido puerto—abandonaron la plaza de Monterrey, internándose hacia las márgenes del Río Bravo. Desocupado Monterrey, el Señor Presidente marchó del Saltillo y entró en aquella plaza, donde permanecemos hasta que una fuerza francesa superior se disponía á batir al general Negrete, que defendía el Saltillo, posesionado con un buen número de tropas del punto inexpugnable llamado Buenavista ó la Angostura. En esas circunstancias, Quiroga, alucinado con el auxilio del ejército francés y de acuerdo con su jefe el general Douay, vino desde el Bravo á atacar la plaza de Monterrey, donde se hallaba aún el Sr. Juárez, y aprovechando el enemigo la medida de nuestro Gobierno, que había mandado reforzar el punto de la Angostura con los dos únicos batallones de que disponía y la gente de Cortina, Quiroga entró en las calles de la ciudad. He aquí un acto de serenidad y valor personal del Sr. Juárez: continuó en la casa de Gobierno, aunque dispuesto á salir de ella; pero no contaba con más defensa que doscientos hombres al mando del coronel Guiccione, quien asediado hasta la esquina de la calle donde está situada dicha casa, subió á ella, manifestando al Señor Presidente el gravísimo peligro que corría de ser aprehendido, si no se retiraba en el acto. Encontró al Señor Presidente y á sus Ministros sentados á la mesa, tomando el desayuno, al cual le invitó impasible, no obstante los esfuerzos que hacía aquel jefe para que Don Benito saliese inmediatamente de la casa. Llegó á tal extremo el peligro, que Guiccione tuvo que armar á todos

los empleados civiles para que salieran á tirotear al enemigo. Todavía el Sr. Juárez, con mucha calma, bajó á tomar su coche y salió de la población entre fuego graneado tan intenso que una bala atravesó el coche, el cual se encuentra en el Museo Nacional. Dos leguas le persiguió de cerca el enemigo, hasta que habiendo mandado regresar á los dos batallones de auxilio á Negrete, los encontramos. Así seguimos hasta el pueblo de Santa Catarina, donde se supo que Negrete había abandonado la posición en que se le había colocado, y su tropa entraba en dispersión en el Saltillo. Esto obligó al Sr. Juárez á desistir, yéndose por su flanco izquierdo rumbo á Paso del Norte. »

El 4 de Septiembre se adhirieron francamente al Imperio Vidaurri y Quiroga.

CAPITULO XIV

El Imperio (continúa).—Napoleón III y su corte.—Maximiliano y Carlota.—Llegada de los Emperadores.—Continúa la peregrinación de Juárez.—El tambo rciego.—Juárez en Chihuahua.—Juárez en el Paso del Norte.—El llamado Golpe de Estado de Juárez.—La campaña.—El principio del fin.—Caída de Querétaro.—Juicio y ejecución de Maximiliano.—Juárez regresa triunfante á la Capital de la República

Pero antes de proseguir con la biografía de Juárez, bueno es decir algo sobre el Imperio.

El Duque Ernesto, que tan íntimamente conoció á Napoleón III, después de describirlo físicamente, agrega: « Desde el punto de vista intelectual, dotado de los más variados conocimientos, demostraba una ignorancia completa respecto de las cosas más sencillas, y cometía estupideces que dejaban á uno estupefacto *des bétises stupefiantes*. En lo moral, carecía totalmente de respeto hacia el derecho ajeno. Tan pronto como se pronunciaba esa frase, interrumpía con las siguientes palabras: « El derecho, ¿qué cosa es eso? » No conocía más que la razón de Estado, hacía lo que le parecía justo, sin preocuparse en lo más mínimo de los intereses que lesionaba. La Emperatriz fué para él una persona fatal—la verdadera mezcla meridional de la ligereza y de la gazmoñería.—Si no se hubiese dejado dominar por ella, á quien los clericales adulaban, hubiera muerto tranquilamente bajo el cielo de su cama, en las Tullerías, entre las abejas bordadas de oro, y su hijo le hubiese sucedido. La Emperatriz empujó al infortunado monarca á la guerra, y su hijo pereció de un modo miserable. »